

¿Quién fué el autor del falso *Quijote*?

El enigmático asunto del *Quijote* apócrifo ha producido tan copiosa bibliografía, que si fuéramos a considerar analíticamente todo lo que se ha escrito sobre el tema, reuniríamos, como dice un autor, « un formidable montón de papeletas », y nuestro trabajo rebasaría los límites de una monografía.

Lejos, pues, de hacer una agobiadora revista de todas las opiniones vertidas, la mayor parte de las veces con fundamentos inconsistentes, vamos a retraer la cuestión a su cauce natural, utilizando para ello todo lo bueno que hayan descubierto los investigadores, y planteando el problema, sin presunción alguna, sobre sus verdaderas bases, sólo con el legítimo anhelo de llegar a una solución concordante con las pruebas documentales.

No volaremos en alas de la ilusión rumbo a una conjetura soñada, porque, como a Icaro, el sol radiante de la verdad nos puede derretir la cera del engaño, precipitándonos desde lo alto. Por otro lado, nos inhibe el saludable escarmiento de aquel cervantista galo que adjudicó a un cadáver el *Quijote* tarraconense.

I

APARICIÓN DEL LIBELO

El momento en que Cervantes es sorprendido por la continuación de su *Ingenioso Hidalgo*, del que, a la fecha (1614), sólo ha-

bía publicado su primera parte, lo reconstruye su biógrafo Navarro y Ledesma (1) diciendo que el príncipe de los ingenios españoles, « cierto día, al entrar en casa de su amigo Robles o en casa de su amigo Vilarroel, uno de estos librereros le mostró cierto libro, cuya portada decía así : Segundo tomo del *Ingenioso Hidalgo Don Quijote de la Mancha* que contiene su tercera salida y es la quinta parte de sus aventuras. Compuesto por el Licenciado Alonso Fernández de Avellaneda, natural de la Villa de Tordesillas. Al Alcalde, Regidores e hidalgos de la noble villa del Argamesilla, patria feliz del hidalgo caballero Don Quijote de la Mancha. Con licencia. En Tarragona, en casa de Felipe Roberto. Año 1614. »

Con ojos febriles — dice Navarro y Ledesma — resguardados rápidamente detrás de sus anteojos, con manos que temblaban de ira y de despecho, recorrió Cervantes las primeras hojas de aquella gran superchería, la aprobación firmada por el doctor Rafael Ortoneda, la licencia del vicario general del Arzobispado de Tarragona, doctor Francisco de la Torme y Liori, la dedicatoria del falso Avellaneda « al Alcalde, Regidores e Hidalgos de la noble villa del Argamesilla de la Mancha », el procaz, insultante, insípido y pedantesco prólogo...

Acostumbrado estaba Cervantes a caer desde los días felices y gloriosos, en los de mayor miseria y aflicción, pero la maldad artera e hipócrita encubierta detrás de tan miserables insultos a su honrada vejez y a su honrosísima cicatriz, le sacó de sus quicios, le puso fuera de sí y arrancó de su pecho toda prudencia, conformidad y resignación que los años y las pesadumbres en él habían depositado.

Con el libro odioso en la mano, consultó a sus amigos, recorrió las casas, procuró indagar, averiguar quién fuera el malvado que había querido causarle tan grave y honda desazón. No era tarea fácil esto. El libro estaba impreso en Tarragona. El autor se ocultaba, indudablemente, tras la ficción de un seudónimo. En Tordesillas no conocía nadie al tal licenciado Alonso Fernández de Avellaneda. Ni cabía duda de dos cosas : primera, que el autor era un aragonés, pues llena de expresiones aragonesas está su obra, y que era un amigo oficioso de Lope de Vega y, probablemente, clérigo o persona atropelladamente erudita en lecturas teológicas y clásicas.

(1) FRANCISCO NAVARRO Y LEDESMA, *El ingenioso hidalgo Miguel de Cervantes Saavedra. Sucesos de su vida*. Madrid, 1905

Se presume que iba Cervantes por el capítulo LIX de la segunda parte de su *Ingenioso Hidalgo*, cuando llegó a sus manos el falso *Quijote*, pues a esa altura de su obra es cuando alude por primera vez al libraco y a su autor, a quienes no deja de hostilizar hasta el fin. En efecto, relata Cervantes en dicho capítulo que, encontrándose el ilustre manchego y su escudero en una posada, sintieron que en el aposento de al lado una voz decía: « Por vida de vuesa merced, señor don Jerónimo, que en tanto que traen la cena leamos otro capítulo de la *Segunda parte de Don Quijote de la Mancha*. Agrega Cervantes que don Quijote, al oír su nombre, « se puso en pie y con oído alerta escuchó lo que de él trataban, y oyó que el tal don Jerónimo referido, respondió: ¿Para qué quiere vuesa merced señor don Juan, que leamos estos disparates, si el que hubiere leído la primera parte de la *Historia de don Quijote de la Mancha* no es posible que pueda tener gusto para leer esta segunda? » Pero lo que acabó de sacar de sus casillas al de la « Triste Figura » fué oír que el llamado don Juan decía: « Lo que a mí en éste más desplace es que pinta a don Quijote ya desenamorado de Dulcinea del Toboso », pues, « lleno de ira y de despecho alzó la voz y dijo: Quienquiera que dijere que don Quijote de la Mancha ha olvidado ni puede olvidar a Dulcinea del Toboso, yo le haré entender con armas iguales, que va muy lejos de la verdad, porque la sin par Dulcinea del Toboso, ni puede ser olvidada, ni en don Quijote puede haber olvido. » En fin, el enjuto hidalgo, ya en presencia de los otros caballeros, hojeó el libro que tan gran sobresalto le había dado, abandonándolo presto y diciendo que « lo daba por leído y lo confirmaba por todo necio »

Se echa de ver, en seguida, que las impresiones de don Quijote hubieron de ser las mismas que sintió Cervantes en presencia del libraco.

Sospecha Pellicer en su edición crítica del *Quijote* (1), que Cervantes pudo haber alentado la esperanza de que alguien continuaría su obra, cobrando la fuerza de un presagio aquel verso *Forse*

(1) Barcelona, 1832.

altri canterà con miglior plecttro, con que termina la primera parte, aunque el licenciado Fernández, como dice Pellicer, « lejos de escribirla con mejor plectro o lira, la escribió con pluma mal templada, tosca y obscena ».

La desdichada continuación del tal Avellaneda, es, en verdad un libro mediocre de por sí, que al lado del *Quijote* verdadero se empequeñece aún más. Para Navarro y Ledesma (1), la diferencia entre ambas es la que hay entre un brillante de dos pesetas y uno de veinte mil. El falso *Quijote* es un libro en el cual no se echa de ver el más mínimo asomo de la galanura de estilo del gran Cervantes, ni la profundidad del concepto. Es un libro vano y tonto. Aun así, parece que el que lo probijó en mucha estimación lo tenía, pues, con todo desparpajo, advierte en su prólogo que « nadie se espante de que salga de diferente autor esta segunda parte, pues no es nuevo el proseguir una historia diferentes sujetos », y poniéndose a la altura de autores ya consagrados, añade : « ¿ Cuántos han hablado de los amores de Angélica y de sus sucesos? Las Arcadias, diferentes las han escrito. La Diana no es toda de una mano (2)... »

Avellaneda tuvo, sin embargo, la facilidad de encontrarse con una obra ya planeada que había que continuar. El héroe ya estaba en campaña. Los personajes principales se encontraban bien definidos y el ideal que mueve todo aquéllo no había que forjarlo. Pero el licenciado tordesillesco — dando aquí la mayor prueba de su incompetencia — no llega a comprender el fondo substancioso del *Quijote*. La acción grande, sublime del modelo, la convierte en una grosera pantomima. Aquí el heroico caballero es un « loco de atar », como ha dicho un crítico, y Sancho un glotón vulgarote y sin gracia. Ni el cura, ni el barbero, ni don Álvaro Tarfe (nuevo personaje que Avellaneda pone en acción), cobran la fuerza de los caracteres típicos que admiramos en las pinturas literarias del *Quijote* verdadero. Está ausente, por otro lado, esa fina espiritualidad que aletea en el libro de Cervantes, subyugándonos de inmediato,

(1) NAVARRO Y LEDESMA, obra citada.

(2) Lope de Vega y otros continuaron la *Arcadia*, y Gil Polo, la *Diana*.

no así en el de su desdichado continuador, que muy pronto abandonamos con desgano.

Como Cervantes, el licenciado Avellaneda adjudica la historia a un tercero, que ya no es Cide Hamete Benengeli, sino el sabio Alisolán. Y, como aquél, también intercala en el libro unos cuentos ajenos a él por completo, como el de los felices amantes y el del rico desesperado. El primero no es invención de Avellaneda, pues, según dice Navarro y Ledesma con mucho fundamento en su obra citada, el episodio de la monja liviana que el licenciado tordesillesco relata con mucha crudeza, lo recogió éste del *Ejemplario o libro de milagros de la Virgen Santísima*, de Juan Hevert, escritor del siglo xv, que lo tomó de la obra *Libri duodecim dialogorum de miraculis, visionibus et exemplis*, del monje Cesáreo de Heisterbach, o bien, Avellaneda se inspiró en la comedia *La buena guarda o La encomienda bien guardada*, compuesta por Lope tres años antes de aparecer el *Quijote* apócrifo. El cuento del rico desesperado, sobre estar exento de interés, ofrece en el capítulo XVI una escena repugnante a las que, por otra parte, tiene afición el tal Avellaneda, según se ve por la indecencia que en todo el libro campea.

Aquí don Quijote y Sancho salen a la aventura de manera desdichada: el uno como un loco desatado, el otro como un babieca. El ilustre manchego cae en la cárcel — a donde nunca lo llevó Cervantes —; hace un ridículo papel, remata aventuras nada ingeniosas y, por último, termina su carrera en forma indigna, encerrado en la casa del Nuncio, para procurar su cura.

Como novela vulgar de entretenimiento, el libro ofrece algunas situaciones de regular interés, aunque, en general, está huérfano de la grandeza del modelo.

De los juicios que se han emitido sobre el valor del *Quijote* apócrifo, el más acertado es el de Menéndez y Pelayo, quien, entre otras cosas, dice:

Sin convenir yo, de ningún modo, con las tardías y extravagantes reivindicaciones de Le Sage, de Montiano, de Germond de Lavigne y de algún otro

traductor, editor o crítico, dictadas unas por el mal gusto y otras por el temerario y poco sincero afán de la paradoja, todavía encuentro en la ingeniosa fábula de Avellaneda condiciones muy estimables, que le dan un buen lugar entre las novelas de segundo orden, que en tan gran copia produjo el siglo xvii. No tiene el autor la poderosa fantasía, la fuerza trágica, el inagotable artificio para anudar casos raros y situaciones estupendas que hacen tan sabrosa la lectura de las románticas y peregrinas historias de don Gonzalo de Céspedes, cuyo temperamento de narrador se parecía, un tanto, al del viejo Dumas o al de nuestro Fernández y González. No tiene tampoco las dotes de delicada y a veces profunda observación moral, de varia y amena cultura, de humano gracejo y cortesana filosofía que tanto resplandecen en los numerosos escritos del simpático y olvidado Salas Barbadillo. Ni con Castillo Solórzano compite en el vigor picaresco de las novelas festivas, ni en la varia intención y caprichosa urdimbre de los cuentos de amores y aventuras. Todos estos novelistas y otros que aquí se omiten, aventajan, ciertamente, al seudo Avellaneda en muchas cualidades naturales y adquiridas, pero no puede decirse que le aventajen en todas; y, además, suelen adolecer de resabios culteranos y conceptistas que en él no existen, o son menos visibles. El decir de Avellaneda es terso y fácil; su narración, clara y despejada, aunque un poco lenta; hay algunos episodios interesantes y bien imaginados; el chiste es grosero, pero abundantísimo y espontáneo; la fuerza cómica, brutal, pero innegable; el diálogo, aunque atestado de suciedades que levantan el estómago en cada página, es propio y adecuado a los figurones rabelesianos que el novelista pone en escena (1).

II

EL PUNTO DE PARTIDA

Es significativo consignar que, a pesar de lo traído y llevado del tema y las múltiples investigaciones hechas, hasta ahora, los documentos básicos con que contamos se reducen a los escritos de Avellaneda y Cervantes: el prólogo que el primero puso a su libro, la contestación que el segundo le da en el prefacio de la segunda parte del *Quijote* verdadero y las alusiones que en el curso

(1) M. MENÉNDEZ Y PELAYO, *Introducción al « Quijote » de Avellaneda*. Barcelona, 1905.

de la novela dirige contra su desdichado émulo. Estos documentos constituyen, pues, nuestro punto de partida y, aunque son bastante conocidos, hemos de transcribirlos aquí, porque así conviene a nuestro propósito, confrontándolos, comentándolos y sacando las consecuencias que de ello se deriven.

El prólogo del falso *Quijote* reza así :

Como casi es comedia la historia de Don Quijote de la Mancha, no puede ni debe ir sin prólogo. Y así sale al principio de esta segunda parte de sus hazañas éste, menos cacareado y agresor de sus lectores que el que a su primera parte puso Miguel de Cervantes Saavedra y más humilde que el que secundó en sus novelas (1), más satíricas que ejemplares, si bien no poco ingeniosas. No le parecerán a él lo son las razones de esta historia, que se prosigue con la autoridad que él la comenzó, y con la copia de fieles relaciones que a su mano llegaron — y digo mano, pues confiesa de sí que tiene sólo una; y hablando tanto de todos, hemos de decir dél que como soldado tan viejo en años cuanto mozo en bríos, tiene más lengua que manos — pero quéjese de mi trabajo por la ganancia que le quito de su segunda parte; pues no podrá, por lo menos, dejar de confesar tenemos ambos un fin, que es desterrar la perniciosa lición de los vanos libros de caballerías, tan ordinaria en gente rústica y ociosa. Si bien en los medios diferenciamos, pues él tomó por tales el ofender a mí y particularmente a quien tan justamente celebran las naciones más extranjeras, y la nuestra debe tanto, por haber entretenido honestísima y fecundamente tantos años los teatros de España con estupendas e innumerables comedias, con el rigor del arte que pide el mundo, y con la seguridad y limpieza que de un ministro del Santo Oficio se debe esperar.

No sólo he tomado por medio entremesar la presente comedia con las simplicidades de Sancho Panza, huyendo de ofender a nadie ni de hacer ostentación de sinónomos voluntarios, si bien supiera hacer lo segundo, y mal lo primero. Sólo digo que nadie se espante de que salga de diferente autor esta segunda parte, pues no es nuevo el proseguir una historia diferentes sujetos.

(1) Esta alusión de Avellaneda nos hace recordar que Cervantes, en el prólogo de sus *Novelas ejemplares*, publicadas en 1613, reconociendo que el *idem* puesto a la primera parte del *Quijote* le había acarreado contratiempos, dice: « Quisiera yo, si fuera posible (lector amantísimo) excusarme de escribir este prólogo, porque no me fué tan bien con el que puse en mi *Don Quijote* que quedase con gana de segundar con éste. »

¿ Cuántos han hablado de los amores de Angélica y de sus sucesos? Las Arcadias, diferentes las han escrito. La Diana no es toda de una mano. Y pues Miguel de Cervantes es ya de viejo como el castillo de San Cervantes, y por los años tan mal contentadizo, que todo y todos le enfadan, y por ello está tan falto de amigos, que cuando quisiera adornar sus libros con sonetos campanudos, había de ahijarlos — como él dice — al Preste Juan de las Indias o al emperador de Trapisonda, por no hallar título quizá en España que no se ofendiera de que tomara su nombre en la boca, con permitir tantos vayan los suyos en los principios de los libros del autor de quien murmura y ¡ plegue a Dios aun le deje, ahora que se ha acogido a la Iglesia y sagrado! Conténtese con su Galatea y comedias en prosa; que eso son las más de sus novelas. No nos canse. Santo Tomás en la 2,2 q. 36 enseña que la envidia es tristeza del bien y aumento ajeno, doctrina que la tomó de San Juan Damasceno. A este vicio da por hijos San Gregorio en el libr. 31 capit. 31 de la exposición moral que hizo a la historia del Santo Job, al odio, susurración y detracción del prójimo, gozo de sus pesares, y pesar de sus buenas dichas. Y bien se llama este pecado envidia *a non videndo, quia invidus non potest videre bona aliorum*. Efectos todos tan infernales como su causa, tan contrarios a la caridad cristiana, de quien dijo San Pablo 1, Corint., 13. *Charitas patiens est benigna est, non emulatur; non agit perperam, non inflatur, non est ambitiosa, congaudet, veritati*, etc. Pero disculpa los yerros de su primera parte, en esta materia, el haberse escrito entre los de una cárcel, y así no pudo dejar de salir tiznada de ellos, ni salir menos que quejosa, murmuradora, impaciente y colérica, cual lo están los encarcelados. En algo diferencia esta parte, de la primera suya; porque tengo opuesto humor también al suyo; y en materia de opiniones en cosas de historia, y tan auténticas como ésta, cada cual puede echar por donde le pareciere; y más dando para ello tan dilatado campo la cáfila de los papeles que para componerla he leído, que son tantos como los que he dejado de leer.

No me murmure nadie de que se permitan impresiones de semejantes libros, pues este no enseña a ser deshonesto, sino a no ser loco. Y permitiéndose tantas Celestinas, que ya andan madre e hija por las plazas, bien se puede permitir por los campos un Don Quijote y un Sancho Panza, a quienes jamás se les conoció vicio; antes bien buenos deseos de desagaviar huérfanas y deshacer tuertos, etc.

Cervantes respondió a la insidia con un *Prólogo al lector* que,

como alguien ha dicho, es un modelo de contestaciones literarias. He aquí la parte que más nos interesa :

Válame Dios, y con cuánta gana debes estar esperando ahora, lector ilustrado, o quier plebeyo, este prólogo, creyendo hallar en él venganzas, riñas y vituperios del autor del segundo *Don Quijote*, digo de aquel que dicen que se engendró en Tordesillas y nació en Tarragona. Pues en verdad que no te he de dar este contento, que puesto que los agravios despiertan la cólera en los más humildes pechos, en el mío ha de padecer excepción esta regla. Quisieras tú que lo diera del asno, del mentecato y del atrevido; pero no me pasa del pensamiento: castíguele su pecado, con su pan se lo coma, y allá se lo haya. Lo que no he podido dejar de sentir es, que me note de viejo y de manco, como si hubiera sido en mi mano haber detenido el tiempo, que no pasase por mí, o si mi manquedad hubiera nacido en alguna taberna, sino en la más alta ocasión que vieron los siglos pasados, los presentes, ni esperan ver los venideros. Si mis heridas no resplandecen en los ojos de quien las mira, son estimadas a lo menos en la estimación de los que saben donde se cobraron; que el soldado más bien parece muerto en la batalla, que libre en la fuga; y es esto en mí de manera, que si ahora me propusieran y facilitaran un imposible, quisiera antes haberme hallado en aquella facción prodigiosa, que sano ahora de mis heridas, sin haberme hallado en ella. Las que el soldado muestra en el rostro y en los pechos, estrellas son que guían a los demás al cielo de la honra, y al de desear la justa alabanza; y hase de advertir que no se escribe con las canas, sino con el entendimiento, el cual suele mejorarse con los años. He sentido también que me llame envidioso, y que como a ignorante me describa qué cosa sea la envidia, que en realidad de verdad, de dos que hay, yo no conozco sino a la santa, a la noble y bien intencionada; y siendo esto así como lo es, no tengo yo de perseguir a ningún sacerdote, y más si tiene por añadidura ser familiar del Santo Oficio; y si él lo dijo por quien parece que lo dijo, engañóse de todo en todo, que del tal adoro el ingenio, admiro las obras y la ocupación continua y virtuosa. Pero en efecto le agradezco a este señor autor el decir que mis novelas son más satíricas que ejemplares, pero que son buenas, y no lo pudieran ser si no tuvieran de todo. Páreceme que me dices que ando muy limitado, y que me contengo más en los términos de mi modestia, sabiendo que no se ha de añadir aflicción al afligido, y que la que debe de tener este señor sin duda es grande, pues no osa parecer a campo abierto y al cielo claro, encubriendo su nombre, fingiendo su patria, como si hubiera hecho alguna traición de lesa majestad. Si por ventura llegares a conocerle, dile de mi

parte que no me tengo por agraviado; que bien sé lo que son tentaciones del demonio, y que una de las mayores es ponerle a un hombre en el entendimiento que puede componer e imprimir un libro con que gane tanta fama como dineros, y tantos dineros cuanta fama...

Leídos ya estos prólogos, podemos convenir inmediatamente en que el que escribió el primero queda en desairadísima situación al lado de nuestro gran Cervantes. Aquél lleva el sello de una degradante vileza; éste — tremenda lección para Avellaneda — el de una suprema hidalguía y dignidad castellanas. El licenciado tordesillesco trata de burlarse del estropeado brazo del « manco sano y famoso todo », y ya se habrá reparado en el noble modo como contesta Cervantes este insulto miserable. Con la misma altura responde a los demás agravios, el de tacharle de viejo, « como si hubiera sido en mi mano haber detenido el tiempo », y de envidioso, y amenazarle con quitarle la ganancia de su segunda parte.

Ahora bien, yendo a lo que más directamente nos interesa, confiesa Avellaneda que él y Cervantes persiguen el mismo fin: « desterrar la perniciosa lición de los vanos libros de caballerías », aunque difieren en los medios, pues Cervantes habría tomado por tales ofenderlo a él y « particularmente a quien tan justamente celebran las naciones más extranjeras, y la muestra debe tanto, por haber entretenido honestísima y fecundamente tanto años los teatros de España con estupendas e innumerables comedias, con el rigor del arte que pide el mundo, y con la seguridad y limpieza que de un ministro del Santo Oficio se debe esperar ». Está patente aquí que el empalagoso elogio se dirige a Lope de Vega, del cual, por los términos que emplea, debió ser gran admirador Avellaneda, tener relaciones con él y posiblemente deberle favores, pagándole de esa manera, con el elogio al « monstruo de naturaleza » y el ataque a su rival, todo lo que pudiera deberle (1).

Al cargo de ofender y envidiar a Lope, respondió Cervantes con

(1) En el transcurso del libro, Avellaneda le dedica grandes alabanzas a Lope de Vega. Véanse, por ejemplo, los capítulos II y XI del falso *Quijote*.

esta delicadeza que encierra una finísima sátira : « ... y si él (Avellaneda) lo dijo por quien parece que lo dijo, engañóse de todo en todo, que del tal adoro el ingenio, admiro la sobras y la ocupación continua y virtuosa ». El sesudo cervantista Rodríguez Marín opina que esto encierra una acerada ironía, « porque la *virtuosa ocupación* de Lope, por aquel tiempo, distaba mucho de ser la que cuadraba a un hombre de su hábito. Harto claramente lo revelan, por más de un estilo, sus cartas al Duque de Sessa » (1).

Otros datos ilustrativos nos brinda Avellaneda. Expresa que el *Quijote* auténtico era « agresor de sus lectores », que las novelas cervantinas eran « más satíricas que ejemplares », y que Cervantes — en el *Quijote*, según se desprende — habría hecho ostentación de « sinónomos voluntarios » que hubieron de molestar a alguien. Es probable también que en las « Novelas », tenidas por sátiras, haya alguna alusión al que reaccionó con el libelo. El apreciarlas en esa forma y el decir más adelante : « Conténtese con su Galatea y comedias en prosa ; que eso son las más de sus novelas », así parece confirmarlo. Otro indicio de que es a Lope a quien Cervantes y Avellaneda traen entre manos en sus prólogos, es la afirmación del segundo de que el padre de nuestras letras « murmura » del autor a quien le haya dedicado sonetos para insertarlos al principio de sus libros ; « y ¡ plegue a Dios — añade el lincenciado — aun le deje, ahora que se ha acogido a la Iglesia y sagrado ! » (2).

Para Cervantes, « Alonso Fernández de Avellaneda » era el seudónimo tras el cual se ocultaba su pérfido enemigo, pues categóricamente nos expresa que éste encubría su nombre y fingía su patria, « como si hubiera hecho alguna traición de lesa majestad ».

Como dijimos anteriormente, a partir del capítulo LIX de la segunda parte del *Quijote*, Cervantes no pierde ocasión de asestarle rudos golpes a su enemigo. Todo lo que diga el ofendido nos será de mucha utilidad para ir formando nuestro juicio sobre la cuestión.

(1) FRANCISCO RODRIGUEZ MARÍN. *Notas al « Quijote »*. Madrid, 1912.

(2) Miguel de Cervantes tomó el hábito de la Orden Tercera de San Francisco en 1613, un año antes de la aparición del falso *Quijote*.

Ya hemos recordado el momento en que don Quijote se entera de la falsa historia de sus aventuras. Bien ; habiendo hojeado el libro, expresa : « En esto poco que he visto, he hallado tres cosas en este autor dignas de reprensión. La primera es alguna palabras que he leído en el prólogo ; la otra, que el lenguaje es aragonés porque tal vez escribe sin artículos ; y la tercera que más le confirma por ignorante, es que yerra y se desvía de la verdad en lo más principal de la historia ; porque aquí dice que la mujer de Sancho Panza, mi escudero, se llama Mari Gutiérrez, y no llama tal, sino Teresa Panza. »

Una novedad interesante nos ofrece esta alusión. Aquí Cervantes afirma que el lenguaje del libro es aragonés y, al finalizar el mismo capítulo, que su autor también lo es, y ya sabemos que su enemigo se presenta como natural de Tordesillas, que es una población de la provincia de Valladolid. Esta afirmación sobre la patria de Avellaneda, basada en el lenguaje del libro, no es muy convincente, y seguramente que la primera impresión de Cervantes al leer el libro fué esa, pues más tarde, al escribir el prólogo con más serenidad, no afirma que Avellaneda fuera aragonés, sino solamente que había fingido su patria. Confirma la ligereza con que Cervantes, excitado por el libelo, escribió dicho capítulo LIX, el criticar a su torpe émulo que llame Mari Gutiérrez a la mujer de Sancho que llamábase Teresa Panza, pues Avellaneda copió el nombre Mari Gutiérrez del mismo Cervantes que, en algunos pasajes del *Quijote* (primera parte) llama así a la cara mitad de su escudero. En cambio, merece censura que, a Alonso Quijano el Bueno, lo llame el licenciado tordesillesco Martín Quijada. ¿ Habría alguna razón, que ahora se nos escapa, para que Avellaneda le quitase el nombre « Alonso » a don Quijote y se lo pusiese él en su seudónimo ?

En los capítulos LXI y LXX de la segunda parte, sigue afirmando Cervantes que su rival era aragonés ; en el LXII, visitando don Quijote una imprenta de Barcelona (1), vió que estaban co-

(1) Cervantes tenía proyecto enviar a su héroe a las justas de Zaragoza ; pero habiéndosele anticipado Avellaneda, cambió de rumbo y llevó a don Quijote a Barcelona.

rrigiendo la « Segunda parte del ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha compuesta por un tal, vecino de Tordesillas », lo que le hizo exclamar que « Su San Martín se le llegará como a cada puerco » ; en el capítulo LXXII hace confesar a don Alvaro Tarfe (personaje del *Quijote* apócrifo) que es falsa la historia lanzada por el licenciado de Tordesillas ; y, después de algunas burlas que le hace en otros pasajes del libro, finalmente, en las últimas líneas de su obra, a más de afirmar Cervantes que su émulo era un « escritor fingido y tordesillesco », llega a decir por boca de don Quijote en su lecho de muerte, que le « perdone la ocasión que yo sin pensarlo le dí de haber escrito tantos y tan grandes disparates como en ella escribe, porque parto de esta vida con escrúpulo de haberle dado motivo para escribirlos ».

Del estudio de estos documentos básicos llegamos a estas conclusiones :

1º « Alonso Fernández de Avellaneda natural de Tordesillas » era el seudónimo bajo el cual se encubría un sujeto que, con un libelo, pagaba la ofensa — según él — o la sátira con que pudiera haberlo molestado Cervantes ;

2º Esos « sinónomos voluntarios » de que se queja Avellaneda probablemente figuran en la primera parte del *Quijote* ;

3º El autor del falso *Quijote* era un fanático defensor de Lope de Vega ;

4º Acaso, según lo deja entrever Cervantes, Avellaneda era aragonés ;

5º El que escribió el falso *Quijote* tenía un espíritu ruin y, como autor literario, hay que buscarlo en la categoría de los mediocres.

III

ALUSIONES DEL « QUIJOTE » A LOPE DE VEGA

Interesa mucho a conocer las pullas que partan del *Quijote* contra el « Fénix de los ingenios » — a quien tanto Cervantes como Avellaneda hacen figurar en los susodichos prólogos, aunque sin

nómbrrarlo — porque, como hemos visto, el autor del *Quijote* apócrifo debió estar ligado de alguna manera a la vida de Lope. Al efecto, varios eruditos nos han allanado el camino con sus investigaciones, que hemos de aprovechar. De manera que dejaremos la palabra a los cervantitas Clemencín (1) y Rodríguez Marín (2), quienes han rebuscado todas las alusiones que Cervantes, en su obra inmortal, dirigiera a Lope.

A continuación ponemos subrayados los pasajes comentados del *Quijote* y entre comillas, las notas del erudito respectivo :

— ... ¡ Pues qué cuando citan la divina Escritura ! No dirán sino que son unos Santo Tomases y otros doctores de la Iglesia ; guardando en esto un decoro tan ingenioso, que en un renglón han pintado un enamorado distraído, y en otro hacen un sermón-cito cristiano que es un contento y un regalo oírle o leerle.

(*Don Quijote*. Prólogo de la primera parte) : Estas palabras están dichas con los ojos puesto en Lope de Vega y en algunas de sus obras, especialmente en la intitulada *El Peregrino de su patria*. Sevilla, 1604. (Rodríguez Marín).

— ... También ha de carecer mi libro de sonetos al principio ... (*Don Quijote*. Prólogo de la primera parte) : « Podrían alegarse infinitos ejemplos, pero sólo se añadirá, por ser más del caso, el de las obras del famoso Lope de Vega, las cuales se multiplicaban siempre con numerosos encomios como sucedió en el *Peregrino*, el *Isidro* y la *Arcadia*, pero señaladamente en las *Rimas*, que se imprimieron en Barcelona en 1604, año inmediatamente anterior al de la publicación de la primera parte del *Quijote* y salieron acompañados nada menos que de veintiocho composiciones métricas en loor suyo : entre sus autores se cuentan el príncipe de Fez, el duque de Osuna, el marqués de la Adrada, los condes de Villamor y Adacuz, el Comendador Mayor de Montera, tres poetisas y varios poetas conocidos de aquel tiempo, entre ellos el mismo Cervantes. Si esta demostración de amistad por parte de nuestro

(1) Diego Clemencín. Edición anotada del *Quijote*. Madrid, 1894.

(2) Francisco Rodríguez Marín. Su edición crítica del *Quijote*. Madrid, 1912.

autor no fué muy espontánea y si lo exigieren con algún rigor las circunstancias, esto quizá acabó de mover su bilis en el presente pasaje de su prólogo, donde tantas señas hay de que están indicados los escritos de Lope. Sospechas que se confirman con el cargo que hace a Cervantes Alonso Fernández de Avellaneda en el prólogo de su *Quijote* contrahecho, porque reprendiendo el uso de poner sonetos en alabanza de los libros, *bajan los suyos en los principios de los libros del autor de quien murmura.*

« En general no puede dudarse de que a Cervantes le mortificaba la celebridad de Lope de Vega, y que no fueron del todo sinceras las protestas con que en el prólogo de la segunda parte del *Quijote* procuró satisfacer a la reconvencción de Avellaneda. » (Clemencín.)

— *En lo de citar en las márgenes los libros y autores... (Don Quijote. Prólogo de la primera parte):* « Otro indicio de que Cervantes quiso motejar (y en esto con mucha razón) a Lope de Vega, quien en su poema *El Isidro*, publicado por primera vez el año de 1599, incurrió en la redundante y fastidiosa erudición que aquí se nota, atestando las márgenes de citas y acotaciones, tomadas indistintamente de lo sagrado y de lo profano, mezclando lo humano con lo divino, todo revuelto con el desorden que ya se dijo y censuró anteriormente. Se encuentran citas del *Apocalipsis* y del *Aristóteles*, del *Breviario Toledano* y de los *Braçmenes*, de la *Crónica del Cid* y del *Cántico de los Cánticos*, de *Merlin* y de los *Trenos de Jeremías.* » (Clemencín.)

— *Vengamos ahora a la citación de los autores que los otros libros tienen, que en el vuestro os faltan. El remedio que esto tiene es muy fácil, porque no habéis de hacer otra cosa que buscar un libro que los acote todos desde la A hasta la Z... (Don Quijote. Prólogo de la primera parte).* « Nuevo indicio de que en el presente prólogo Cervantes había tomado por su cuenta censurar a Lope de Vega. Este, en su libro intitulado *El Peregrino* puso una tabla por el orden del A, B, C de los autores citados en su obra que llegan a ciento cincuenta y cinco; y lo mismo hizo en *El Isidro* donde la tabla alfabética de autores llega a doscientos sesenta y siete. » (Clemencín.)

— ... *Cuanto más, que si bien caigo en la cuenta, este vuestro libro no tiene necesidad de ninguna cosa de aquellas que vos decís que le faltan, porque todo él es una invectiva contra los libros de caballerías, de quien nunca se acordó Aristóteles, ni dijo nada San Basilio, ni alcanzó Cicerón...* (*Don Quijote*. Prólogo de la primera parte): « Otro indicio de que la intención de Cervantes era realmente tildar a Lope de Vega: porque Aristóteles, San Basilio y Marco Tulio son tres de los autores que se citan en el catálogo de ellos que está al fin del *Isidro* de Lope, publicado según dijimos, el año de 1599. » (Clemencin.)

— ... *Lo primero en que reparáis de los sonetos, epigramas o elogios que os faltan para el principio, y que sean de personajes graves y de título, se puede remediar en que vos mismo os toméis algún trabajo en hacerlos, y después los podéis bautizar y poner el nombre que quisiéredes, ahijándolos al Preste Juan de las Indias o al Emperador de Trapisonda...* (*Don Quijote*. Prólogo de la primera parte): « También va esta chinita a los vidrios de Lope de Vega que, sin duda, escribió muchas de las poesías laudatorias que lucen en los principios del *Isidro*, el *Peregrino*, la *Arcadia*, las *Rimas*, etc. A lo menos, de la famosa *Camila Lucinda* (Micaela de Luján) que figura con poesías en los principios de los más de estos libros de su amante, me consta que no sabía escribir, *ni firmar siquiera*. Lope debió de componer pues, para ahijarlos a la hermosa comedianta, los versos que llevan su seudónimo ¡Y a fe que en ellos se ponía Lope sobre el cuerno de la luna! » (Rodríguez Marín.)

— *Al libro de don Quijote de la Mancha Urganda la Desconocida* (décimas que figuran en el prólogo del *Quijote*, primera parte): « Estos versos que Cervantes ahija festivamente a Urganda la desconocida, están cuajados de alusiones a Lope de Vega, y harto ciego será quien no viere por tela de cedazo. » (Rodríguez Marín.)

— *No indiscretos hieroglí* — (verso de la citada composición): « Esto de los indiscretos hieroglíficos sí va dicho por Lope de Vega, que en la *Arcadia* (1599) había hecho estampar un escudo de armas (diez y nueve torres), con esta letra en una cinta: De Bernardo es el blasón; las desdichas más son », y en el *Isidro* (1602)

había plantado sobre el tarjetón de su retrato una calavera laureada con el lema *Hic tutior fama*, y al pie, las consabidas armas de Bernardo del Carpio, a las cuales aludió Góngora en el tan donoso como acerado soneto que empieza :

« Por tu vida, Lopillo, que me borres
Las diez y nueve torres de tu escudo ;
Pues aunque tienes mucho viento, dudo
Que tengas viento para tantas torres. »

(Rodríguez Marín)

— *Pero lo que más me le quitó de las manos, y aún del pensamiento de acabarle, fué un argumento que hice conmigo mismo, sacado de las comedias que ahora se representan, diciendo : si éstas que ahora se usan, así las imaginadas como las de historia, todas o las más son conocidos disparates, y cosas que no llevan pies ni cabeza, y con todo eso, el vulgo las oye con gusto... (Don Quijote. Capítulo XLVIII, primera parte) : « Si pudiese quedar alguna duda del blanco a que tiraban las saetas de Cervantes, esta expresión debe ponérselo de manifiesto a quien recuerde la excusa que alegaba Lope de Vega en la apología de los defectos que se le imputaban y que con el título *Arte nuevo de hacer comedias* imprimió en 1602, tres años antes de la publicación del *Quijote*. Allí, confesando que dejaba de seguir los preceptos y ejemplos de los antiguos, y que se acomodaba a las ideas corrompidas que dominaban en el teatro porque era el medio de conseguir elogios y ganar dinero, dice :*

Y escribo por el arte que inventaron
Los que el vulgar aplauso pretendieron.
Porque como las paga el vulgo, es justo
Hablarle en necio para darle gusto. »

(Clemencín)

— ... ¿qué mayor disparate puede ser en el sujeto que tratamos que salir un niño en mantillas en la primera escena del primer acto, y en la segunda salir ya hecho hombre barbado? (Don Quijote. Capítulo XLVIII, primera parte) : « En la comedia de *Ursán* y

Valentín, escrita por Lope de Vega, Margarita, Reina de Francia, queda pariendo al acabar la primera jornada, y la segunda empieza saliendo su hijo Valentín, joven ya de veinte años. En los *Porceles* de Muacia, comedia del mismo autor, pasan más de diez años desde el acto II al III. La del *Primer Rey de Castilla*, del mismo, contiene en su primer acto la muerte del Rey don Alfonso V de León, que fué año de 1027, y concluye en la traslación de las reliquias de *San Isidoro* desde Sevilla, que fué el de 1063; por consiguiente, la acción dura treinta y seis años. Hablan en la comedia una gitana y un corregidor, personajes que no hubo en Castilla hasta el siglo xv. En el primer acto del *Bastardo Mudarra*, otra comedia de Lope, los padres de Mudarra no se han conocido ni tratado todavía; en el segundo queda encinta la madre, en el tercero Mudarra ya ha llegado a ser hombre, y venga la alevosa muerte de sus hermanos los siete Infantes de Lara, mata al traidor Rui Velázquez, y pone en libertad a su padre.

«No fué Lope el único autor dramático de aquella época que rompió la unidad del tiempo en sus composiciones; pero cotejando con los ejemplos alegados las expresiones de Cervantes, se hace sumamente verisímil que Lope fué a quien se dirigian.» (Clemencín.)

— ... ¿Pues qué si venimos a las comedias divinas? ¿Qué de milagros fingen en ellas, qué de cosas apócrifas y mal entendidas, atribuyendo a un santo los milagros de otro! (*Don Quijote*. Capítulo XLVIII, primera parte): «Así se llamaban los de vidas y sucesos de Santos, de que hubo muchísimas en nuestro teatro. Lope de Vega las hizo de San Francisco, San Nicolás, San Agustín...»

«Las comedias divinas, a pesar de este nombre, solían reunir también todos los defectos y miserias de las humanas. Sirva de muestra la intitulada *El Cardenal de Belén*... Y preguntará el lector: ¿de qué poeta es esta comedia? ¿Quién escribió composición tan chabacana y estrafalaria? Pues sepa que fué el celebrado Lope de Vega.» (Clemencín.)

Todos estos agudísimos dardos que Cervantes lanza a su rival,

prueban bien a las claras que la reacción — encarnada en el *Quijote* tarraconense — partió del campo de Lope de Vega. Demuéstralo también el prólogo del falso Avellaneda. ¿Fué el « Fénix de los ingenios » quien disparó el librazo? ¿Fué alguno de sus allegados? Esto lo veremos más adelante.

IV

ALONSO FERNÁNDEZ DE AVELLANEDA Y SU CONDICIÓN SOCIAL.

Aquí se nos presentan tres cuestiones fundamentales que debemos aclarar para saber qué clase de individuo era el tal de Tordesillas y que, por el camino de la conjetura, han sido resueltas de muy diversa manera por los numerosos cervantistas que no han podido resistir a la atracción del misterio: 1ª « Alonso Fernández de Avellaneda natural de Tordesillas » ¿es un seudónimo? 2ª ¿Cuál era la patria de Avellaneda? 3ª ¿Era clérigo el autor del falso *Quijote*?

Antes de entrar al estudio de estos problemas — que, en síntesis forman uno sólo: ¿Quién era Avellaneda? — vamos a hacer una revista somera de las principales soluciones conjeturales lanzadas hasta la fecha, para que así se comprenda la disparidad de opiniones con que debemos tropezar.

Pocos candidatos han tenido más larga vida que el ya tradicional fray Luis de Aliaga, sostenido por de Castro (1), Rosell (2), de la Barrera (3), Asensio (4) y otros, siendo Tubino (5) el primero que enfrentó a los que adjudicaban el *Quijote* apócrifo al confesor de Felipe III.

(1) Adolfo de Castro: primera edición del « Buscapié » (1848) y « El Conde Duque de Olivares y el Rey Felipe IV ». Cádiz, 1864.

(2) Cayetano Rosell: « Notas al Quijote de Avellaneda ». Biblioteca de autores Españoles. Madrid, 1851.

(3) Cayetano Alberto de la Barrera: « Notas a las nuevas investigaciones ».

(4) José María Asensio: Su artículo « Alonso Fernández de Avellaneda » en *La Ilustración Española y Americana* (julio 22 de 1901).

(5) Francisco María Tubino: « Cervantes y el Quijote. Estudios críticos ». Madrid, 1872.

También don Adolfo de Castro, antes de apoyar la anterior candidatura, creía que Avellaneda era fray Alonso Fernández, opinión corroborada por Baig Baños (1), lanzando finalmente el nombre de Juan Ruíz de Alarcón (2).

Céan Bermúdez y Benjumea señalaron la siniestra figura del doctor fray Juan Blanco de Páz, aunque el segundo de los nombrados (3) se inclinó más tarde a favor de fray Andrés Pérez, siendo apoyado por Fors (4).

Moreno García (5) señaló a fray Luis de Granada; Blanca de los Ríos de Lampérez (6), a fray Gabriel Téllez; Rawdon Brown (7), al polígrafo alemán Gaspar Schoppe; Máinez (8), a Lope de Vega; Germond de Lavigne (9), a Bartolomé Leonardo de Argensola; Menéndez y Pelayo (10), a Alfonso Lamberto; Groussac (11), a Juan Martí; y, finalmente, don Ricardo M. Unciti (12) le adjudica el falso *Quijote* al mismo Cervantes.

Se habrá advertido que algunos de los autores citados contestan a nuestra primera pregunta inclinándose a creer que Avellaneda no disfrazó su nombre. Así, Baig Baños y de Castro reconocen como autor del famoso libelo al historiador de Plasencia fray Alonso Fernández, formando también con los de esta tendencia el

(1) AURELIO BAIG BAÑOS, *Quién fué el licenciado Alonso Fernández de Avellaneda. — Ensayo sobre la estructura espiritual del falso « Quijote »*, Madrid, 1915.

(2) ADOLFO DE CASTRO, *Varias obras inéditas de Cervantes*.

(3) NICOLÁS DÍAZ DE BENJUMEA, *La verdad sobre el « Quijote »*, Madrid, 1878.

(4) LUIS RICARDO FORS, *Criptografía Quijotesca*, La Plata, 1901.

(5) CÉSAR MORENO GARCÍA, en la *Revista contemporánea*, abril 15 de 1896.

(6) BLANCA DE LOS RÍOS DE LAMPÉREZ, *Algunas observaciones sobre el « Quijote » de Avellaneda*, en *La España Moderna*, mayo y noviembre de 1897 y abril de 1898.

(7) RAWDON BROWN, en *The Atheneum*, Londres, 12 y 19 de abril de 1873.

(8) RAMÓN LEÓN MÁINEZ, *Vida de Miguel de Cervantes Saavedra*, Cádiz, 1876.

(9) A. GERMOND DE LAVIGNE, *Le Don Quixotte de Fernández Avellaneda*, París, 1853.

(10) MARCELINO MENÉNDEZ Y PELAYO, *Una nueva conjetura sobre el autor del « Quijote » de Avellaneda. Al frente del Quijote tarraconense*, Barcelona, 1905.

(11) PAUL GROUSSAC, *Une énigme littéraire, Le « Don Quichotte » d'Avellaneda*, París, 1903.

(12) RICARDO M. UNCITI, *Avellaneda es Cervantes*. Valladolid, 1915.

erudito chileno J. Toribio Medina (1). Pero esta opinión carece de fundamento. Baig Baños, v. gr., el más entusiasmado con ella, lanzó un ¡eureka! con su libro, pero sus argumentos se reducen a lo siguiente: Hojeando don Aurelio el catálogo de una subasta de libros viejos, se encontró con que se vendían las siguientes obras: « Fernández (fray Alonso) Historia de los insignes milagros que la Magestad divina ha obrado por el Rosario de la Virgen Soberana su Madre. Madrid, Alonso Martín de Balboa, 1613 » e « Historia eclesiástica de nuestros tiempos que es compendio de los excelentes frutos que en ellos el estado eclesiástico y sagradas religiones han hecho. Toledo, Pedro Rodríguez, 1611 ».

Y como todos los descubrimientos son obra de la casualidad, consta en su libro que Baig Baños se dijo: « Tate...! ¿Será quien buscábamos, sin proponernos descubrirle? Y con esto escribió un volumen, sosteniendo que había triunfado en toda la línea.

No. « Alonso Fernández de Avellaneda » es un seudónimo. Cervantes lo expresó categóricamente. Y la mayoría de los eruditos que se han ocupado del tema así lo entienden. Un espíritu que lanzara tan viles insultos en un libro, premeditada y tranquilamente, había de ser un cobarde, y éstos no hacen nunca un daño frente a frente. Sin embargo, a pesar de la máscara, ¿llegaría Cervantes a saber quién era su enemigo? Nos inclinamos a creer que sí (2). El espíritu español es valiente y Miguel hubo de inquirir quién era el enmascarado que se había mofado de sus venerables canas y de su gloriosa manquedad, para ventilar cara a cara las diferencias. Por otra parte, el alma popular, curiosa y amiga del chisme, hurgaría por todos los rincones hasta dar con el autor, y si hoy no sabemos nada de estas actividades — por la falta de periódicos en aquella época — es de presumir que en los corrillos circularía el verdadero nombre de Avellaneda, hasta lle-

(1) JOSÉ TORIBIO MEDINA, *El disfrazado autor del « Quijote »*.

(2) M. Menéndez y Pelayo, que es de esta opinión, le parece imposible que Cervantes no conociese a Avellaneda.

gar a los oídos de Cervantes. Si éste no lo nombró en sus escritos fué por discreción, por esa discreción que el padre de nuestras letras puso como cualidad esencial en los más virtuosos personajes de sus obras.

Mayáns y Siscar (1) el primer biógrafo de Cervantes, cree que Miguel *no se atrevió* a nombrar a su émulo porque éste debió ser una [persona poderosa e influyente. Creemos ser más aceptable la opinión anterior — a pesar de ser propia — pues un hombre que, en el día de Lepanto, enfermo en la galera *Marquesa*, «rehusó bajar so cubierta, y dijo que más quería morir peleando por Dios y por su rey, que su salud; y pidió a su capitán que le pusiese en la parte y lugar que fuese más peligroso y que allí estaría y moriría peleando » ¿cómo, si no tuvo miedo a la muerte y a los sufrimientos, en ésta y en múltiples ocasiones, iba a sentir cobardía en desenmascarar a quien lo insultaba tan villanamente? Acaso pudo haberle faltado — al publicar la segunda parte de su *Quijote* — una prueba material (aunque moralmente las tuviera) para señalar a su enemigo, o bien — y esto es lo más probable dado el carácter de Cervantes — el padre de nuestra lengua pasó sobre nombres y personas, por no reñir con gente inferior a él, sin dejar por eso de responder enérgicamente a la injuria, viniera de donde viniera.

Tan dura fué la lección que, al parecer, el seudo Avellaneda salió escarmentado, pues no se tiene noticia de que contestara a tan furibunda censura.

Si en cuanto a contestar la primera pregunta lo podemos hacer sin vacilar, en lo que concierne a la segunda se presentan dificultades. La patria de Avellaneda sigue ignorándose hasta hoy, pues si Cervantes expresó que era aragonés, lo hizo basándose en que « tal vez escribe sin artículos », lo cual no es un fundamento serio. Seguramente Cervantes no conocía aún a su adversario y eso sería por lo tanto una simple suposición. Sobre esta cuestión nos

(1) GREGORIO MAYÁNS Y SISCAR, *Vida de Cervantes*. Londres, 1738.

dice Pellicer (1), autor oriundo de Aragón : « Califica (Cervantes) el lenguaje de aragonés, porque tal vez escribía sin artículos y pudiera haber alegado otras pruebas, no menos convincentes que copiosas como son : *en salir de la cárcel* por en saliendo o habiendo salido ; *a la que volvió la cabeza* por habiendo vuelto la cabeza : *escupe y te pegaré* por le castigaré : *hincar carteles* por fijar o pegar ; *poner la escudilla en las brasas* por poner la taza sobre las ascuas : *el señal* por la señal : *menudo* por mondongo : *mala gana* por congoja, desmayo o vaguido : y aquel tratarse las personas de impersonal, como *mire, oiga, perdone »*.

Pero la mayor parte de estas expresiones, como dice Menéndez y Pelayo, son « más bien solecismos y descuidos de dicción que verdaderos provincialismos ». Muchas de estas voces como *mire, oiga, perdone, menudo, pegaré, brasas* y otras análogas, las ha escuchado el autor de estas líneas, unas en varias regiones de España y otras en América sin que nadie las tache de aragonesismos.

Paul Groussac (2) aporta un dato curioso a esta cuestión del lenguaje, Criticando la conjetura de Asensio (su candidato es el aragonés Aliaga) reproduce la frase siguiente del autor censurado : « Y no se ponga en olvido que estudiamos [las] frases de un Cervantes, etc. » ; y dice :

« Dans la phrase citée, il me semble bien que l'éminent critique andalou a omis l'article, comme un simple Aragonnais ».

La opinión más generalizada es que Avellaneda fué ministro de la Iglesia, creyéndose particularmente que fué fraile dominico. Por eso es que nuestra tercera pregunta, directamente inquiriere : ¿Fué clérigo?

A más de los autores citados que presentan como candidatos a varios eclesiásticos, corroboran esta creencia : Murillo

(1) PELLICER, *Notas al « Quijote »*. Barcelona, 1832.

(2) P. GROUSSAC, *Ob. cit.*, página 123, nota.

Velarde (1), de los Ríos (2), Navarrete (3) y Clemencín (4).

Baig Baños, por ejemplo, uno de los más interesados en que Avellaneda sea clérigo, pues su candidato lo es, ha rebuscado en el « Quijote » falso cuantas pruebas pueden aducirse para demostrar el carácter eclesiástico del autor. Las más importantes son éstas :

« En el capítulo primero del « Quijote » tarraconense saca a relucir el « Flos Santorum » de Villegas, los « Evangelios y epístolas de todo el año en vulgar » y la « Guía de Pecadores » de Fr. Luis de Granada; conduce a D. Quijote a la iglesia donde oye misa con el relicario en las manos y con las « Horas de Nuestra Señora » sin perder un sermón; háblase de varios santos y en especial de San Bernardo, aficionado a Nuestra Señora... » En el capítulo décimo salen a relucir textos religiosos... ».

« El fondo religioso se intensifica en el capítulo décimocuarto al « depararles Dios » con un « pobre soldado » y venerable ermitaño cuyo « nombre era Fray Esteban... ».

Y además se refiere Baig Baños a la semblanza que Avellaneda hace de mosén Valentín, al cuento de los felices amantes, y al del rico desesperado, que según su opinión, debe el primero haber sido relatado por un religioso y el segundo por un escritor de humanidades.

Podría aducirse otro argumento en pro del carácter clerical de Avellaneda. En el capítulo XXXII de la segunda Parte del *Ingenioso Hidalgo* de Cervantes, estando don Quijote sentado a la mesa de los Duques, y habiéndose mofado de nuestro caballero el sacerdote allí presente, alegó el Duque que no se diera por ofendido don Quijote, « porque así como no agravian las mujeres no agravian los eclesiásticos », diciendo después el de la « Triste Figura » : « La afrenta viene de parte de quien la puede hacer, y la hace y la sustenta; el agravio puede venir de cualquier parte sin

(1) P. PEDRO MURILLO VELARDE, *Geografía histórica*.

(2) VICENTE DE LOS RÍOS, *Vida de Cervantes*. Madrid 1780.

(3) MARTÍN FERNÁNDEZ DE NAVARRETE, *Vida de Miguel de Cervantes Saavedra*. Madrid. 1819.

(4) DIEGO CLEMENCÍN, *Notas al « Quijote »*. Madrid, 1833-1839.

que afrente »... alegando como ejemplo : « está uno vuelto de espaldas ; llega otro y dale de palos y en dándose los huye y no espera y el otro le sigue y no le alcanza ; éste que recibió los palos recibió agravio ; más no afrenta ; porque la afrenta de ser sustentada. Si el que le dió los palos, aunque se los dió a hurta cordel, pusiera mano a su espada, y se estuviera quedo haciendo rostro a su enemigo, quedara el apaleado agraviado y afrentado juntamente : agraviado porque le dieron a traición ; afrentado porque el que le dió sustentó lo que había hecho sin volver las espaldas y a pie quedo ».

Convengamos ahora en que es clara la semejanza entre el episodio de don Quijote y el eclesiástico y el de Cervantes y Avellaneda. En los dos casos, ofenden a « hurta cordel » los sacerdotes porque « no pueden ser afrentados », con el agravante en el caso del autor tordesillesco de que éste se presenta disfrazado y no sustenta la ofensa. ¿ Aludirá aquí Cervantes al golpe traicionero del licenciado Fernández ? Esto también explicaría que Miguel, por respeto a la Iglesia, no habría querido desenmascarar a uno de sus malos ministros. Pero quita mucha fuerza a este argumento la circunstancia de figurar la presumida alusión en el capítulo XXXII y es creencia admitida que iba Cervantes por el LIX cuando tuvo conocimiento de la continuación avellanedesca, pues aquí es cuando empieza a nombrarla. Sin embargo, no se puede atestiguar que Cervantes desconocía el falso *Quijote* mucho antes de escribir el capítulo LIX.

Un libelo (1) tan extenso como el de Avellaneda, pesado y monótono, que debió llevar largos ratos a su autor, parece haber sido

(1) Se habrá notado que empleamos la palabra *libelo* al referirnos al libro de Avellaneda, contra la opinión de algunos autores, entre ellos Fitzmaurice Kelly, quien en su *Historia de la literatura española* juzga que el propósito esencial del licenciado tordesillesco era lucrar con su libro y, al enterarse por el prólogo de las *Novelas ejemplares*, aparecidas en 1613, que Cervantes anunciaba la continuación de su *Quijote*, irritado por la competencia, prologó de aquella manera insultante su obra desdichada.

Pero el temor de perder la ganancia no justifica que escarneciera a un soldado heroico y a un anciano virtuoso. No. Avellaneda tenía revuelta la bilis

compuesto por un hombre que dispuso de largos ocios. Para estos trabajos de paciencia los monjes se pintan solos, y es posible que, en la apacible quietud de un convento, algún fraile satirizado por Miguel, haya querido echar por tierra la creciente fama del «ingenio lego».

Menéndez y Pelayo, en su conjetura citada, se ha pronunciado enérgicamente contra los que asignan un carácter religioso al tal Avellaneda; pero unos y otros no emplean mucha sinceridad, sino que más bien abogan por la condición social que conviene a sus respectivos candidatos. Combatiendo a los que creen que Avellaneda fué un fraile dominico, dice el eminente crítico citado:

Los motivos que se han alegado para tal conjetura no pueden ser más fútiles y lo que verdaderamente pasma es la docilidad con que casi todos los cervantistas han pasado por ellos. Que el encubierto autor cita con elogio a Santo Tomás y la *Guía de pecadores* de fray Luis de Granada: que recomienda en varios pasajes la devoción del Santo Rosario: que en el cuento de *Los felices amantes* (cuyo asunto es el mismo que el de *Margarita la tornera*) se manifiesta muy enterado de la vida interior de los conventos de monjas, lo cual hace presumir que fué confesor de ellas. Las obras de Santo Tomás constituían en el siglo XVII el fondo de la enseñanza teológica y filosófica, y todo el mundo las citaba continuamente como hoy mismo las citan muchos que no son dominicos, ni eclesiásticos siquiera. Las obras ascéticas de fray Luis de Granada corrían en manos de todas las gentes piadosas, y hoy mismo afortunadamente, corren en muchas de lo mejor y más sano de nuestro pueblo, a despecho de los devotos y devotas traducidos del francés, que no encuentran elegante el hacer sus lecturas espirituales en lengua castellana. Finalmente, lo que Avellaneda dice de los conventos de monjas, nada tiene de misterioso ni de recóndito, nada que no pudiera saber el escritor más lego de aquellos tiempos en que el siglo y el claustro no formaban dos mundos aparte, sino que vivían en una relación íntima y de todos los días.

Muy posible es todo lo que dice Menéndez y Pelayo; pero, por porque Cervantes, con su humor inimitable, lo ridiculizaría en alguna forma. Ya lo dice el licenciado, categóricamente, en su insolente prefacio.

Por lo demás, el ensalzar tanto en varios pasajes de su obra a Lope de Vega, demuestra a las claras que el libro apareció principalmente con el objeto de irritar a Cervantes.

los argumentos anteriores, tiene más probabilidades de éxito un candidato religioso que uno lego. El libro de Avellaneda huele mucho a incienso — aunque no del mejor — y da la impresión, en conjunto, de haber sido escrito por un autor formado en el ambiente doctoral del clero, no así el de Cervantes, v. gr., que refleja un carácter popular, más expansivo y liberal.

En resumen: el autor del falso *Quijote*, si no fué clérigo, tuvo un marcado espíritu religioso.

V

DOS CONJETURAS

Del extenso campo bibliográfico en que se han dado las más desacordes opiniones, vamos a espigar dos conjeturas para tener idea del modo cómo se ha trabajado esta cuestión: una, la de Menéndez y Pelayo, es la que más éxito ha obtenido y otra, la de Groussac, la más desdichada de cuantas se han presentado.

La primera figura en carta dirigida por don Marcelino Menéndez y Pelayo en febrero 15 de 1897 a don Leopoldo Rius, publicada en la hoja literaria de *El Imparcial*, e inserta más tarde al frente de una edición del *Quijote* tarraconense (1) y por Rius en su *Bibliografía crítica de las obras de Cervantes* (2). La segunda fué publicada por M. Paul Groussac en el libro *Une énigme littéraire. — Le don Quichotte d'Avellaneda* (3). El mayor mérito de ambos trabajos reside en la crítica que hacen a las anteriores conjeturas, valiendo mucho más los juicios desapasionados del primero que las censuras agrias — casi fobias — del segundo.

A los partidarios de Aliaga les dice el gran erudito español que no basta el mote de Sancho Panza aplicado a fray Luis para creer que Cervantes lo ridiculizó al dárselo al inmortal escudero; apodo que conocemos por unas décimas satíricas del conde de Villamediana dirigidas contra los privados de Felipe III:

(1) Barcelona, 1905.

(2) Barcelona, 1895-1899.

(3) París, 1903.

Sancho Panza el confesor
 Del ya difunto monarca
 Que de la vena del arca
 Fué de Osuna sangrador,
 El cuchillo del dolor
 Lleva a Huete atravesado
 Y en tan miserable estado
 Que será, según he oído
 De inquisidor, inquirido,
 De confesor, confesado...

Esto fué en 1621 y se supone que el mote se le aplicó por el pueblo después de aparecer el *Quijote* (1605). Cree más Menéndez y Pelayo : que el nombre de Sancho lo tomó Cervantes de un dicho popular que fué registrado por Covarrubias (1) así : « *Allá va Sancho con su rocino*. Dizen que éste era un hombre gracioso que tenía una aca y donde quiera que entraba la metía consigo ; usamos deste proverbio cuando dos amigos andan siempre juntos. »

Y agrega Menéndez y Pelayo : « Nada quiero decir de los *sendos manojos de aliagas* que los muchachos de Barcelona encajaron a Rocinante y al rucio al entrar en aquella ciudad según se escribe en la segunda parte auténtica (2) ; porque para ver aquí alusión de ningún género se necesita estar ya preocupado por la teoría que combato ». La candidatura de Lope de Vega la rechaza lisa y llanamente : « Que Lope — dice — sea autor del *Quijote* de Avellaneda es cosa de todo punto inadmisibile. El estilo tan característico de esta novela nada tiene que ver con ninguna de las varias maneras que como prosista tuvo Lope ».

Habíamos quedado en contestar si Lope escribió el falso *Quijote*, por lo que nos detendremos a estudiar esta cuestión. Hay fuertes argumentos en pro y en contra de la candidatura de Lope. En la *Historia de la literatura española* de Fitzmaurice Kelly, traducida y anotada por Bonilla y San Martín, cree el traductor que

(1) Sebastián de Covarrubias, *Tesoro de la lengua española*. 1611.

(2) Capítulo LXI.

se han encontrado las alusiones que provocaron la aparición del falso *Quijote*.

La publicación — dice — del *Proceso de Lope de Vega* por libelos contra unos cómicos, hecha por los señores A. Tomillo y C. Pérez Pastor (Madrid, Fortanet, 1901) ha ilustrado notablemente, a nuestro juicio, la cuestión del falso Avellaneda. Ha aclarado los *sinónimos voluntarios* de que tanto se lamenta el de Tordesillas en su segunda parte, y nos ha revelado el motivo de la *ofensa* a Lope de Vega. Este motivo no es otro que la historia de los sucesos de don Fernando y Dorotea, que casi punto por punto reproduce la de los amores de Lope con Elena Osorio, la hija de Jerónimo Velázquez. El referido *Proceso* ha venido a comprobar, en efecto, que en la novela de Cervantes, *Dorotea* es Isabel de Alderete, *don Fernando Lope*, *Cardenio* Cristóbal Calderón (a quien Lope mismo llama *Calidonio* en el último acto de *La Dorotea*), y *Luscinda* Elena Osorio (la *Dorotea* de la novela de Lope). La ofensa, por lo tanto, no podía ser más directa, comprendiéndose perfectamente el enojo de Lope y sus partidarios.

Debemos recordar también que Lope había menospreciado duramente a Cervantes en aquella famosa carta dirigida a un médico amigo suyo en que expresa: «De poetas no digo: buen siglo es éste: muchos están en ciernes para el año que viene, pero ninguno hay tan malo como Cervantes ni tan necio que alabe a don Quijote...»

Pero demuestra que estos pecadillos los cometía Lope en momentos pasajeros de despecho, los sinceros elogios que en otras ocasiones hace de su rival y que Cervantes también le prodiga. Véase por ejemplo lo que dice el «manco sano» en su *Viaje del Parnaso*:

Llovió otra nube al gran Lope Vega,
poeta insigne, a cuyo verso o prosa
ninguno le aventaja ni aún le llega.

Recuérdese también aquella espontánea expresión suya en el prólogo de sus comedias: «...entró luego el monstruo de naturaleza, el gran Lope de Vega, y alzóse con la monarquía cómica...»

Y considérese en fin, que si Avellaneda se mofó de la manquedad del soldado de Lepanto, el «Fénix de los ingenios» la ensalzó así en su *Laurel de Apolo* :

En la batalla donde el rayo Austrino,
 Hijo inmortal del Águila famosa,
 Ganó las hojas del laurel divino
 Al Rey del Asia en la campaña undosa,
 La fortuna envidiosa
 Hirió la mano de Miguel de Cervantes;
 Pero su ingenio en versos de diamantes
 Los del plomo volvió con tanta gloria,
 Que por dulces, sonoros y elegantes
 Dieron eternidad a su memoria;
 Porque se diga que una mano herida
 Pudo dar a su dueño eterna vida.

Las relaciones entre ambos genios fueron muy tirantes y nunca se entendieron; pero a pesar de esto no encontramos fundamentos suficientes para identificar a Lope con Avellaneda. Los argumentos en contra son más consistentes y, a más, de querer el «Fénix» ridiculizar a Cervantes hubiera echado mano de su teatro. Seguramente no iba a ser tan simple para elegir el género literario en que menos sobresalió. Por otra parte, la prosa de Lope no tiene semejanza alguna con la de Avellaneda.

Es más probable que este libro fuera escrito por uno de sus allegados que, conociendo la rivalidad existente entre ambos autores, se puso del bando de Lope, influyente y estimado, para granjearse su buena voluntad.

Menéndez y Pelayo rechaza con buenas razones muchas otras conjeturas que, por inconsistentes, pasamos por alto para entrar a considerar la suya :

El que yo quiero favorecer con la ganga del falso *Quijote* — dice el eminente crítico — (en lo cual ciertamente no sé si le hago un favor o un disfavor póstumo) lleva el obscurísimo nombre de Alfonso Lamberto.

Su estado civil me es desconocido : sólo puedo decir de él que era aragonés y poeta...

El bibliotecario Pellicer, en su biografía de Cervantes, algo anticuada ya, pero útil y curiosa siempre, aun después de la publicación de la de Navarrete y de tantas otras posteriores, da noticia de un códice de la biblioteca de los condes (hoy duques) de Fernán Núñez, marcado así : *Tractatus Varii*, 382. En este códice, que debe ser un tomo de papeles varios, se mantienen las sentencias que se intimaron a los poetas que concurrieron a dos certámenes celebrados en Zaragoza por los años de 1614, sobre la interpretación de dos enigmas que habían corrido manuscritos en aquella ciudad. Entre los poetas que concurrieron al primer certamen figuraban Martín Escuer, *Alfonso Lamberto*, Pablo Viseda, Josef Pilares, El Maestro Potranca, Juan Navarro, Miguel Soriano, Muniesa, Jerónimo Hernández, el incógnito Xarava, etc. En el segundo certamen escribieron Jayme Portolés, Pedro Huerta, *Alfonso Lamberto*, Lozano y otros. A cada uno de los poetas, según costumbre de esta clase de justas, les da el fiscal un vejamen, censurando sus poesías y les aplica su condigno castigo por no haber acertado a descifrar los enigmas.

A uno de los poetas del primer certamen se le dice esto :

A Sancho Panza, estudiante
Cosa justa a su talento,
Le dará el verdugo ciento
Caballero en Rocinante.

Este poeta (dice Pellicer) a quien se le llama Sancho Panza, y cuyo nombre se calla, parece que es el fingido Alonso Fernández de Avellaneda.

Entre las sentencias y vejámenes contra los poetas que escribieron para el certamen segundo, se lee esto :

Al blanco de la ganancia
Oficial, o paseante,
Dice con poca elegancia
Que la ignorancia se encubre
Sancho Panza, y él descubre
La fuerza de su ignorancia;
Y pues afirma de veras
Sus inventadas quimeras,
En galeras tome puerto
Que tras azotes es cierto
Se siguen siempre galeras.

Pellicer continúa sospechando que aquí también se satiriza a Avellaneda. Los versos son confusos y malos de todas veras. Pero parece evidente la alu-

sión a un capítulo del falso *Quijote*, el 8º, en que el ingenioso hidalgo, al entrar en Zaragoza, se empeña en librar a un criminal a quien iban azotando por las calles y se ve de resultas en la cárcel pública, condenado a la misma pena de azotes y vergüenza de que afortunadamente lo salva su amigo don Alvaro Tarfe. El fiscal del certamen, por consiguiente, entendía referirse al *Quijote* de Avellaneda y no al de Cervantes; y tal alusión, en Zaragoza y en el mismo año de la publicación del libro, da mucho peso a la inducción de Pellicer, y mueve a sospechar que el poeta aragonés designado con el nombre de Sancho Panza sea efectivamente el temerario rival de Cervantes.

¿Pero cuál de los poetas de estos certámenes puede ser? *Aquí está la mayor dificultad*, dice Pellicer. No tanta, si nos atenemos a los datos que él mismo trae. Sólo un poeta de los citados por él concurrió a los dos certámenes y este poeta es *Alfonso Lamberto*. El es, por lo tanto, el *Sancho Panza* del uno y del otro vejamen. Sólo puede quedar el escrúpulo de que quizá entre los poetas cuyos nombres (no sé por qué) omite Pellicer, en vez de presentar la lista completa, haya algún otro repetido: duda de que no podríamos salir sino en presencia del código mismo. Pero, entretanto, queda sólo *Alfonso Lamberto*, cuya causa se fortifica, como veremos, por otros indicios.

Aquí, para robustecer su tesis, recurre Menéndez y Pelayo a un anagrama. Nos advierte que en las palabras *El sabio Alisolán, historiado no...* con que comienza el texto del falso *Quijote* «van embebidas las catorce letras del nombre y apellido de *Alonso Lamberto*, sin más diferencia que el haber cambiado la *m* en *n*, combinación que haría el seudo Avellaneda para dejar en el libro alguna indicación de su persona.

Veamos ahora nuestras objeciones:

Pellicer y Menéndez y Pelayo suponen que en el segundo vejamen transcrito se alude al falso *Quijote*. Tanto puede ser a éste como al de Cervantes (recuérdese el episodio de los galeotes, por ejemplo) o bien puede aludirse a otra cosa. Pero esta conjetura ha perdido su valor al publicarse más tarde la lista íntegra de los concurrentes a los certámenes referidos. Estos que son dos, llevan un título común que dice así: *Sentencia del zertamen sobre la exposición de dos enigmas dada en la Insigne Universidad de Çaragoça en 25 de Março del año de 1613. Alfonso Lamberto y Sancho Panza*

aparecen en las listas como dos poetas distintos, de manera que la supuesta alusión del vejamen al falso *Quijote* no la motivaba *Alfonso Lamberto*. Además, no sólo era éste el poeta que se presentó a los dos certámenes sino que eran cuatro.

Por otro lado, en el documento consta que la sentencia se dió en 1613. ¿Cómo, entonces, se pudo aludir al falso *Quijote* que se publicó en 1614? En todo caso, no se puede atestiguar que el segundo de los certámenes se realizara después de aparecer el libro de Avellaneda.

Menéndez y Pelayo, al volver a publicar en 1905 su conjetura, transcribió las listas completas de los poetas de aquellos certámenes, pero aún confesando que no podría identificar al *Sancho Panza* de los vejámenes con *Alfonso Lamberto*, siguió apoyando a su candidato.

En cuanto a la prueba del anagrama, no nos convence. El revelado por Menéndez y Pelayo es imperfecto y no comprendemos cómo le ha dado tanta importancia el mismo autor que se ríe de que Benjumea haya formado la frase « Esto es lo de Blanco Paz » con las letras del nombre « Alonso López de Alcobendas » (1). Este método, para descifrar el enigma literario mueve también a Ascensio a extraer el nombre ALIAGA de las palabras ALI solán y AGA renos que figuran en el comienzo del falso *Quijote*. A todos estos autores que tanto confían en los anagramas les hemos de decir que no tienen tanta importancia ni es muy difícil hallarlos. Por ejemplo, del nombre *Alisolán* (2) podemos extraer los nombres *Alonso Solís*; la frase *tal vez escribe sin artículos* que pone Cervantes en el prefacio de la segunda parte del *Quijote* y que ha dado tanto que pensar, nos brinda este anagrama: « Antonio Solís, autor sin cultura, escribió cierta vez un libelo »; con los elementos de las palabras « soneto de Solisdán » (3) podemos componer la frase:

(1) Este es el bachiller que figura en el capítulo XIX del *Quijote* (primera parte).

(2) *Alisolán* es el sabio que, según dice Avellaneda, escribió la historia de don *Quijote*.

(3) *De Solisdán* a don *Quijote* de la Mancha, *soneto* (prólogo de la 1ª parte).

« Esto es de Antonio Solís » ; del seudónimo « Alonso Fernández de Avellaneda » podemos extraer el nombre « Fernando Alvarez de Solórzano » ; y el nombre « Pero Fernández » (1) nos permite componer perfectamente « Fernando Pérez », sin desperdiciar ni el acento ; todo lo cual nos daría motivo para levantar ridículas conjeturas que serían otros tantos castillos en el aire.

Puede tenerse una idea del valor de las demás conjeturas, si la más seria de todas queda reducida a estos extremos.

Ahora viene la de M. Paul Groussac. Este talentoso escritor, una vez presentado su candidato sufrió un lamentable fracaso que, dados sus relevantes méritos, no se explica sino como un providencial castigo por la manera desconsiderada como trata en su citado libro a los cervantistas españoles, llamándolos, entre otras cosas, « fanáticos » y « mistificadores ».

Con toda arrogancia los desprecia por no haber podido averiguar quien fué el émulo de Cervantes ; él si lo sabe : el autor del falso *Quijote* fué un tal Juan Martí, de Valencia, el mismo que con el seudónimo de « Mateo Luxán de Sayavedra » escribió una continuación del *Guzmán de Alfarache*. Pero héte aquí que su candidato había dejado de existir en 1604, diez años antes de que apareciera el libro que ha dado tanto que hablar.

En efecto, por unos documentos del Archivo municipal y del Archivo de la Catedral de Valencia descubiertos por don Francisco Martí Grajales y publicados por don Enrique Serrano Morales, se sabe que Micer Juan José Martí, graduado bachiller en sagrados cánones y más tarde de licenciado y doctor, desempeñó el cargo de examinador de aquella Facultad desde 1598 hasta 1604, en que falleció, siendo reemplazado por micer Gaspar Tárrega.

La partida de sepelio del candidato de Groussac, dice así :

del *Quijote*) Este *Solisdán* ha intrigado mucho. Menéndez y Pelayo cree que es anagrama de D. Alonso (Lamberto) y P. Groussac nos revela que lo es de *Lassindo*, escudero de Brunco de Bonamar, pero no se sabe con certeza si Cervantes alude al tal Lassindo.

(1) De Pero Fernández (soneto al frente del falso *Quijote*).

DICTO DIE

(22 Diciembre de 1604)

Dimecres a 22 sotarrarem en Sant Salvador a misser Marti ab. 29 p^{res} (preberes) acomana Mr. Beltran.

(*Archivo de la catedral de Valencia*, libro de *Soterrars*, 1604 en 1604, número 1439).

Estos documentos fueron publicados por Menéndez y Pelayo al frente de su edición del falso *Quijote*, ya citado, para responder caballeresca y enérgicamente, al que se había erigido en arrogante censor de todos los cervantistas españoles.

Je défendais alors — decía P. Groussac — *comme aujourd'hui, les fueros de la vérité historique...*

CONCLUSIONES

La presente incursión sobre un campo tan poco firme nos ha permitido llegar a estos escasos resultados :

1º El *Quijote* de Avellaneda es una reacción a las sátiras de Cervantes ;

2º Su autor tomó no sólo la defensa de las que le alcanzaban a él sino de las que llegaban hasta Lope de Vega, al que adula por conveniencia ;

3º El autor del falso *Quijote* usó un pseudónimo, sin duda alguna ;

4º No existen pruebas suficientes para certificar cuál era la patria de Avellaneda ;

5º Es probable que el licenciado tordesillesco fuera clérigo. Por lo menos, hubo de tener relaciones íntimas con la Iglesia ;

6º En la averiguación de la verdad sobre este asunto, deben abandonarse las hipótesis efectistas, y como dice Rodríguez Marín (1) orientar el trabajo más seriamente por los archivos hasta que se encuentre el documento « que declare con sencillez y lacónismo cómo se llama el autor de ese libro ».

(1) FRANCISCO RODRÍGUEZ MARÍN, *Carta-introducción al libro citado de Baig Baños*.

Bien se ve por lo anterior que es tan poco lo que sabemos, y lo que se sabe, que como al principio de este trabajo, debemos seguir abriendo el mismo interrogante: ¿Quién fué el autor del falso *Quijote*?

MANUEL ARTACHO.